

HECHOS HISTORICOS

Del trópico a Copenhague

Por GERMAN ARCINIEGAS

La muerte del joven cuentista y bailarín Jorge Holguín, creador en Copenhague de una compañía de teatro y ballet ganadora en concursos internacionales es el apagón de una vida ilusoria que, si Andersen la hubiera conocido, la habría convertido en un cuento, o escrito otro sobre la Sirenita. Sería el relato casi inverosímil de un muchacho de las montañas suramericanas que llega a la ciudad de los pescadores del Mar del Norte y acaba enamorándose de la Sirenita de bronce. Allí, sobre la playa, como todo el mundo lo sabe, hay un enorme huevo de piedra, y sentada en el huevo, la Sirenita de bronce. "A esta Sirenita la bailo yo", pensó el suramericano, y comenzó un coloquio de años. Jorge Holguín salía de su teatro, se disolvía en la noche su compañía de bailarines, y él iba a la Sirenita. ¿Qué puede hacer un suramericano joven, de carne y hueso, con una Sirenita semejante? Pues eso: ablandar el bronce y soñar. A veces despierto, porque hay meses en que la luz del día no se apaga, durante veinte horas, y Jorge Holguín podía leerle sus cuentos a la muda danesa. Cuentos sobre la Madre Monte de sus montañas, de su tierra, sobre el fútbol de los ángeles, o cómo un vagabundo se ganaba la vida en Bogotá pintando plumas y aureolas sobre oleografías para venderlas a la salida de las iglesias. El "maestro" tenía un nombre mágico que producía muy buen efecto entre su clientela de analfabetos: Miguel Ángel. Los compraban creyendo que eran pintadas por el ángel de la Guarda. ¿Y la Sirenita, qué? Pues encantada.

¿Cómo es posible tender puentes entre Suramérica de selvas tropicales, y la Escandinavia de los vikingos? ¿Qué tiene que ver América toda, y su Caribe de sol resplandeciente, con danesas, suecos y noruegos del sol de media noche? ¿Qué estas brumas de nuestros páramos de frailejón y nieblas, de Arizas, nuestro gran pintor, con la niebla del Mar del Norte, verdeazul, nacarina, que pintó Anders Zorn? Mil veces más de lo que se piensa. Ahí está, con su fantasma al fondo, el destino universal de este hemisferio, espejo mágico para los nórdicos de Europa. Es su nostalgia, el Viejo Mundo hecho para acoger el mensaje que les llevan los vikingos al revés. Los que salieron de las canoas del Caribe para descubrir los secretos del Báltico.

JUEVES 7 DE DICIEMBRE DE 1989/EL TIEMPO/5A

Esto de los diálogos de Jorge Holguín y la Sirenita hace recordar que quienes primero cruzaron el Mar del Norte en busca de otro continente, fueron San Brandano y sus irlandeses místicos, que buscando el Paraíso pasaron por un archipiélago con una isla para el infierno y otra para pájaros blancos y otra donde los árboles nacían con la llegada del sol, a mediodía daban sombra como las ceibas y los samanes, y en el crepúsculo se encogían hasta quedar a la altura de la yerba.

En tiempos de Linneo de Upsala, el primero en descubrir para los nuevos botánicos la selva del Orinoco fue un naturalista sueco, Loefling, que llegando a Venezuela despertó la curiosidad de los sabios descubriendo lo que no alcanzaron a ver los Colones en tres siglos. Su vida breve se extinguió en las mansiones verdes del Orinoco. Pero por él vinieron Humboldt y Mutis. Y sabios del mundo entero en expediciones botánicas. A Colombia llegaron mineros en cuanto se pasó de la Colonia Española a la República Americana... Así, un tal Segismundo de Greiff que se quedó a hacer familia en las montañas de oro de Antioquia, dejando una descendencia de astrónomos, ajedrecistas, musicólogos, ingenieros y poetas, que llenaron nuestros montes de fantasmas, sacados de las sagas nórdicas. Por León de Greiff (a quien por ignorancia no le dio el Premio la Academia de Estocolmo) hoy, en Antioquia, quien pasa de la escuela a la universidad sabe la música de Grieg y cuanto reservan en sus ensenadas de misterio y poesía las cascadas que se desprenden de alturas y abismos y caen en el agua escondida de los fiordos.

Cuando Jorge Holguín llegó al castillo de Elsinor, no se acordó de Shakespeare. Su Hamlet y su Ofelia los aprendió en León de Greiff, vikingo. De esa glosa soy testigo. Recorriendo aquel rincón, lo que le llegaba, y me llegó, al oído fue de León, el vikingo de Antioquia, en su Réquiem a Ofelia:

*Silencio en los bronces
de adustas campanas...
silencio en el viento
que azota su caja...
silencio en las sombras
que rozan su cuerpo...*